Tom. III. Num. 66. —121— 14 de Julio de 1844.

# LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

## CONTINUA EL EXPEDIENTE
POÉTICO-PROSÁICO.

### *Pedimento de apremio.*

Yo, el procurador Garrapa,
de justicia con gran sed,
y en voz de una chica guapa (1),
parezco y digo ante usted:
que, segun el calendario,
el término ha trascurrido
sin evacuar mi adversario
el traslado conferido;
y ya que aquel mal patricio
no dice «esta boca es mia»,
cumpliendo yo con mi oficio,
le acuso la rebeldía.
Por tanto es muy procedente
y—
Suplico, pido y ruego
mande usted que desde luego
nos devuelva el expediente;
pues la parte interesada,
cuya barba y bolsa afeito,
ni come, duerme, ni nada,
pensando siempre en su pleito.
Y ademas, la ley que hoy rige
tiene las fauces angostas,
y la actividad exige
lo mismo que yo..... con costas.

Pablo Garrapa

Por el papel y el trabajo
de toda esta gerigonza,
le pondremos..... media onza (2).

(1) ¿Qué tal seria ella, cuando Cachano se llamó «Andana?»
(2) Ya se va enmendando el chico.

Auto:

Prevenga el escriba Uñate
al enemigo de Juana,
que de dar los autos trate
hoy, ó á mas tardar..... mañana.
Y si el tal lo dificulta,
y alega escusas y apuros,
conminele con la multa
de catorce ó quince duros;
que ha de mostrar la justicia
sus dientes alguna vez.
Esto dijo el señor juez,
por supuesto..... sin malicia.

Ante mi
Braulio Uñate.

Dos notificaciones.

De haber notificado
doy testimonio
á los dos contrincantes
Pablo y Antonio.
Y esto es tan cierto,
como al perder un ojo
quedarse tuerto.

Garrapa Uñate

### *Pedimento de suspension.*

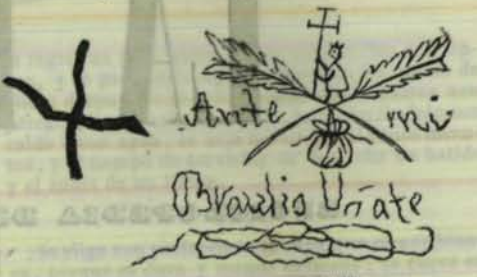
Antonio Andana, soltero,
conocido por «Cachano»,
ante usted, á quien venero,
digo con sombrero en mano:
que de ver como me agovia

con tan apremiante prisa
el agente de mi novia,
casi rebiento de risa;
pues sin duda no ha pensado,
al tratar de la materia,
que va por lana á la feria
y ha de volver trasquilado:
mas ya que en su pretension
el paso necio acelera,
vengamos á la cuestion,
y truene por donde quiera.
Yo no he vuelto el expediente
que me pide esa chiquilla,
por la razon muy sencilla
de no tenerlo aun corriente;
y aunque, hablando con franquéza,
recordará el tribunal
que hay un pecado mortal
cuyo nombre es «la pereza»,
aseguro por mi honor (1)
que ha de cantar pronto el gallo,
porque estoy siempre á caballo
del letrado director.
Así pues, sin mas proemio,
SUPLICO á usted muy cortés,
que á lo menos por un mes
se me suspenda el apremio,
tapando ademas la boca
(si es que otra vez la destapa)
á quien con razon no poca
le llaman Pablo Garrapa;
que las cosas de palacio,
segun nos dice el refran,
todos sabemos que van
poco á poco, y muy despacio.
Por lo cual quedo esperando
esta merced tan notoria,
que con las costas demando.....
y aquí paz y despues gloria.

*A ruegos de Anton Cachano,*
*que escribir no sabe en verso,*
*por medio de esta cuarteta*
*lo firma.....*

Andres Morondanga.

AUTO: Por mas que esta pretension
parezca de mi incumbencia,
aconseja la prudencia
que pase á Don Sarampion;
pues si enarbolo el baston,
y pongo piés en pared,
soy capaz..... «¿me entiende usted?»
Yo callé, cogí la pluma,
y escribí con calma suma
lo que dijo su merced.



1 Dr. Embrollin. 2 Uñate.

OTRO ASESORADO. «No ha lugar á nada de eso;
y prevéngase al tal mozo,
que si hoy no vuelve el proceso,
irá por él..... Calabozo.»
Esto decreta y confirma
el alcalde, que no es lerdo,
enteramente de acuerdo
con el asesor que firma

(1) Por el honor de Cachano. Vaya un juramento de peso.

NOTIFICACION. | ¿Será aquel pobre diablo...
Pablo?
Pues si es él, no se me escapa
Garrapa,
aunque se oculte en un trigo
Panfigo.
No corras, que ya te sigo.....
¡Gracias á Dios que ha parado,
y queda notificado
Pablo Garrapa y Panfigo!
*Es verdad.* *Doy fe.*

Garrapa Uñate

OTRA. | Saliendo de un callejon
Anton,
á quien llama el escribano
Cachano,
aunque él se llame con Juana
Andana.....
De buena ó de mala gana,
con su nombre ó con su apodo,
quedó enterado de todo.....
Anton Cachano ó Andana.

*Tiene razon el señor Uñate—*

Lo Lagartijo

**Otro pedimento de apremio.**

Señor, el representante
de la pobre lavandera
se le pone á usted delante,
diciendo de esta manera:
que es un hecho muy sabido,
y por desgracia muy cierto,
que el predicar en desierto
viene á ser sermon perdido;
pues con las rebeldes cabras,
segun autores modernos,
hace mas que las palabras
el cayado por los cuernos.
Esto no lo digo en valde,
sino que lo hago presente,
porque observo que hay un ente
que se burla del alcalde;
y es en verdad una mengua
(preciso es echarlo en cara)
que use solo de la lengua
quien puede usar de la vara.
Bajo de esta inteligencia
no haga su merced el tonto,
y vengan los autos pronto,
ó hago un recurso á la audiencia;
que si usted es hijo de Eva,
yo tambien lo soy de Adan,
y á veces tan bueno es Juan
que el demonio se lo lleva.
Por ello, y por lo demas
que calla la boca mia—
SUPLICO á su señoría
baile al son de otro compas:
y si quiere de antemano
libertarse de un abismo,
disponga que Anton Cachano
vuelva los autos hoy mismo;
sin perjuicio de la pena
y los gastos de esta danza,
á que la ley le condena
por su criminal tardanza.

Pablo Garrapa

Por papel y emolumentos,
*reales de vellon.....* doscientos (1).

DILIGENCIA. | Doy fe—que no es menester
darse de este escrito cuenta,
porque obra ya en mi poder
el que Cachano presenta;
mas yo en autos lo cabalgo
con hilo que no se quiebre,
que á veces salta la liebre
cuando menos piensa el galgo.

Uñate

*(Se continuará.)*

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

# EL MAXIMO Y EL MINIMO.

Es en todas partes inmenso el número de hombres estravagantes, y aun sería fácil probar que no hay ningun hombre que estravagante no sea. Todo en este mundo son estravagancias, y á menudo lo son hasta los crímenes, hasta las virtudes. El heroismo no

(1)

es mas que una estravagancia ó que una série de estravagancias muy ruidosas ó de mucho calibre, de suerte que el que mira con ojos filosóficos al loco de Cervantes, ve en sus hechos la personificacion del heroismo de todos los tiempos. Héroe y loco son sinónimos, y de aquí es que con uno ú otro de estos dictados se designa á todos los hombres que tienen grandes pretensiones, y que se sienten con ánimo de acometer grandes empresas. El resultado de sus actos es únicamente quien legitima esta ó la otra calificacion, haciéndoles acreedores á una corona de laurel ó á una casa de orates. Y como la vida del hombre es un conjunto de actos diferentes que no todos tienen un resultado propicio, es raro el héroe que no merezca á la vez el título de loco, y rara la biografía de personages célebres en que no resalten muchas y muy grandes estravagancias. Napoleon, aun prescindiendo de las calaveradas de su juventud y de la obstinacion en guiarse por los consejos de Taillerand, que él mismo conocia que tarde ó temprano habian de ocasionar su ruina, fué un héroe en Austerlitz y en Marengo, pero fué un loco de atar haciendo con su egército irrupcion en Moscou, y mas loco todavía tratando á los españoles á baqueta, con el caritativo obgeto sin duda de acostumbrarnos á los buenos tratamientos que previó habiamos de esperimentar en lo sucesivo. ¿Y puede haber locura comparable á la de Colon, que porque se le puso en la cabeza que allende el Oceano habia un Nuevo Mundo, se le antojó irle á buscar, como quien va á buscar un real de vellon en una inmensa playa, porque se le ha ocurrido que en una inmensa playa puede haber un real de vellon? Si sus tentativas hubiesen salido infructuosas, friolera es el ridículo que hubiera caido sobre la famosa reina que tripuló tres carabelas para que se llevase á cabo la espedicion del que ahora llaman un héroe y entonces hubieran llamado un loco. ¿Y qué diremos de Hernan Cortés? ¿Podía ocurrirsele mas que á un héroe ó que á aun loco, abordar á un pais desconocido con un puñado de héroes ó de locos como él, y luego destruir sus propias naves para inhabilitarse los medios de una retirada que no sabia si habia de serle forzosa? Esto fué un gran golpe, no tiene duda, fué un pensamiento que acredita el genio del que le concibió, fué una proeza que basta por sí sola á inscribir el nombre del valiente que la hizo en el catalogo de los héroes, ¿pero quién desconoce que fué tambien una estravagantísima barbaridad? ¿Y el señor Don Pelayo? ¡qué otro bárbaro! ¿Pues no le pasó por las mientes al hijo de Favila hablar recio al poderoso moro, porque queria hacer cosquillas á su hermanita? Vuelva ahora por acá el señor D. Pelayo y diga una palabra descompasada á cualquier mandarin moro ó cristiano, pues de todos los tenemos en España, eche ternos á las barbas de una autoridad porque haga cocos, no digo á su hermana, sino á su misma muger en persona, y el diablo me lleve en cuerpo y alma si en cuerpo y alma no se lo llevan á él á la cárcel antes de haber yo concluido este artículo. Y todo el mundo dirá: «bien merecido lo tiene; ¡si es un loco!» Y dirá bien. Se conoce que los moros que mandaban en aquellos tiempos en España eran mas flemáticos que los de ahora.

Haciéndose cargo de cuanto llevo escrito como por via de introito, á nadie debe admirar que un pais tan fecundo en héroes y hombres de genio como la patria de Nelson, de Newton y de Byron, lo sea tambien en hombres estravagantes. En efecto, de ningun hijo de Adan se cuentan las rarezas y caprichos que de los nacidos en Inglaterra. A cada paso se encuentran en el otro lado del canal de la Mancha filósofos estrafalarios que no tienen donde caerse muertos, y que heredando de pronto y sin pensarlo inmensos bienes de fortuna, en lugar de darse una vida de sibaritas, se mandan construir una goleta ó un brik, se embarcan desde luego, y sin saber á donde van, sin rumbo fijo ni direccion proyectada, se entregan á la voluntad del viento, se echan al cuerpo media docena de botellas de rom, se acurrucan en un camarote, confunden con el de las olas el ronquido de sus narices, y no se acuerdan de dispertarse hasta que estrellándose el buque en un bagío, la humedad del Oceano les advierte que es ya hora de pensar en no dormir. De un ingles sé yo que era mas pobre que un subteniente español retirado, y mas codicioso que un ropavejero; si un dia lograba recoger dos cuartos, guardaba uno y medio para lo que pudiese tronar, y con el ochavo restante procuraba satisfacer todas sus necesidades. Ayudado de un habilísimo perro de Terranova, á quien queria como á un hermano, salvó la vida á la hija de un lord que se zambulló en el Támesis, y diez años despues, cuando ni siquiera se acordaba de su generosa accion, recibió del padre de la hija del lord (que todo el mundo conoce que habia de ser el mismo lord) un legado de doscientas mil libras esterlinas. No produjo en el ánimo del libertador esta fausta noticia ninguna alteracion que se descubriese en la alegría de su semblante; al dia siguiente fueron todos sus deudos á darle la enhorabuena, y ¡cuál fué su sorpresa al verle en el suelo anegado en su propia sangre! A medio paso de donde él se hallaba se encontró una carta concebida en los siguientes términos: «A nadie se acuse de mi muerte, ni á mi mala fortuna tampoco. Yo era feliz en el acto de suicidarme; tenia salud y dinero. Sin embargo, me ha dado la gana de matarme, en primer lugar porque me ha dado la gana, y en segundo lugar porque yo deseaba

desde niño un capital de cien mil libras esterlinas, y me he encontrado con cien mil mas de las que deseaba. Déjo la mitad de mis bienes á mi perro de Terranova, para que se invierta en atun que le gusta muchísimo, y la otra mitad al que tenga á bien encargarse de comprar el atun para mi perro. Firmado.—Grey.» Es inútil decir que cuantos tuvieron noticia de la última voluntad del difunto, quisieron encargarse de darla cumplimiento, sin mas filantropía que recoger la recompensa. En cuanto al perro, que se hallaba allí presente cuando se leyó la carta de su amo, que tan directamente le atañia, no dió la mas mínima muestra de regocijo. Esta indiferencia del perro llamó mucho la atencion en Lóndres, y movió bastante ruido, sobre todo en la Bolsa. El testamento del difunto quedó invalidado, y se dispuso, para evitar dimes y diretes, que las doscientas mil libras esterlinas regresasen á las arcas del noble lord. Este, que se vió de nuevo con unos fondos de que se habia despedido para siempre, quiso emplearles en satisfacer un capricho que en todo el reino unido le dió fama de travieso y de calculista. Apostó á un opulentísimo comerciante que no venderia trescientas libras esterlinas dándolas á sueldo cada una, aunque al efecto se colocase por espacio de seis horas en uno de los puntos mas concurridos de la capital. Esta proposicion alucinó al comerciante, como hubiera alucinado á cualquiera, y admitió la apuesta, que era nada menos que de doscientas mil libras esterlinas, profundamente convencido de que le era imposible perder. Era un dia festivo, dia de córte, dia en que era inmensa la concurrencia que dirigiéndose á San James, atravesaba el Támesis por el puente de Vesminster. El comerciante y el lord se sentaron á un lado del puente, poniéndose delante abierta una grandísima arca llena de libras esterlinas. «A sueldo libras esterlinas, á sueldo» decia el comerciante á voz en grito, y el lord á su lado no hacia mas que reir. Estas eran las condiciones estipuladas. Ni al lord le era lícito hacer otra cosa que reirse, ni podia el comerciante decir otras palabras que «á sueldo, libras esterlinas, á sueldo.» La gente pasaba, y decia: ¡qué estafa! ¡válgame Dios qué estafa! Libras esterlinas á sueldo ¿qué tal serán ellas?» El comerciante estaba desesperado. Mas de un transeunte cogió una de las libras esterlinas, y la miró y remiró, pero luego advirtiendo las risas que el lord afectaba no poder contener, soltaba la moneda diciendo: «Están bien imitadas, pero á mí no me la pega nadie.» «A sueldo libras esterlinas, á sueldo.» gritaba sin cesar el comerciante, y cuanto mas se esforzaba en repetir estas palabras, mas manifiesto creia el público ver el engaño con que se trataba de escurrirle las faldriqueras. Así permanecieron desde las nueve de la mañana hasta los tres de la tarde, el lord riendo y el comerciante gritando. El resultado fué perder el último la apuesta. Solo dos libras esterlinas se vendieron, y aun estas las compró un estudiante persuadido de que eran falsas, pero con la confianza de darlas curso en un lupanar ó en un garito. Luego que vió que se las admitian, volvió á todo escape al puente de Vesminster para hacer nueva provision, pero llegó tarde; el lord y el comerciante habian ya desaparecido. No sorprendió esto al estudiante, porque conoció que tan buena y tan barata mercaderia debia haberse despachado en un momento; pero sintió en el alma haber dejado pasar la ocasion en que á poca costa podia haberse hecho todo un hombre.

¿Pero qué son todos esos estravagantes comparados con Tompson y con Kinster, médicos ambos que florecieron en Cantorbery á mediados del siglo pasado? El primero era el hombre del mas, el segundo el hombre del menos; aquel no conocia en aritmética mas reglas que la de sumar y multiplicar, este no conocia otras que las de restar y partir; Tompson en todas partes veia poca existencia, poco ser; todo le parecia pequeño, todo simple, todo reducido, y era en esto como en todo el antípoda de Kinster, que buscando en todas partes la simplicidad, y creyendo que la existencia es el mayor mal de los males, trataba de reducirlo todo á lo mas indispensable, á lo mas justo, á lo mas exiguo, y su vida era una larga série de trabajos consagrados á buscar el mínimo de todas las cosas. Los sistemas de Tompson y de Kinster estaban en tan diametral oposicion como el abismo y el cielo, como la profundidad y la elevacion.

Cada cual revelaba el espíritu de su sistema hasta en los actos mas insignificantes de su vida. Tompson hablaba siempre con perífrasis; espresaba todas sus ideas por medio de circunloquios y rodeos, y no contento de emplear el mayor número de palabras posible, escogia los vocablos mas largos, y hasta en su conversacion habitual daba la preferencia á los términos compuestos. Sus visitas en el egercicio de su profesion mas parecian de enamorado que de médico; pocas veces echaba mano de remedios heróicos, porque no podia prescribirlos en una cantidad exorbitante, y si alguna vez sugetaba á dieta á algun enfermo, lo hacia de manera que ponia ahita su víctima en manos del sepulturero. Porque el buen doctor echaba esta cuenta: ¿cuál es el enfermo, cuya situacion, por aguda que sea su dolencia, pueda agravarse comiendo un grano de arroz ó una diminutísima fibra de gallina? ¿y cuál es el enfermo que despues de haber comido impunemente un grano de arroz ó una fibra de gallina pueda ponerse en peor estado por comer otro grano

ú otra fibra? Y quien come dos, bien puede comer tres, y quien come tres, bien puede comer cuatro. Y así de grano en grano y de fibra en fibra consentia que el enfermo condenado á la mas estricta dieta acabase por saciar su hambre con una libra de arroz ó con una gallina entera. Hacia un cálculo análogo cuando se trataba del número de individuos que pueden coger en un recinto. ¿Caben en una parte catorce hombres? pues apretándose un poco mas pueden coger quince, y si cogen quince, pueden coger diez y seis, y así sucesivamente estivando un hombre tras otro llegaba á persuadirse de que el mundo entero es susceptible de encerrarse en una miserable guardilla. La reduccion á la práctica de esta teoría no dejó de causarle alguna vez sérios sinsabores y menoscabos en su fortuna de alguna consideracion. Un dia quiso ir á solazarse en el campo con algunos de sus deudos y compañeros que formaban juntos un total nada menos que de diez y siete. Empeñóse en que todos habian de entrar en su coche, en que con dificultad cabian seis, y contestó á cuantas reflexiones físicas se le hicieron sobre la impenetrabilidad de los cuerpos con su acostumbrada cantinela de donde cogen seis pueden coger siete y donde siete ocho, y así uno tras otro les introdujo á todos y á otros tantos que hubiese habido. Todos se hallaban en el maldito coche estivados, prensados, embutidos, sin poder hablar, sin poder respirar, y hubieran sido seguramente víctimas de la obstinacion del estravagante médico, si á poco de haber salido de Cantorbery el coche, de puro lleno, no hubiese reventado como una granada.

Apenas esto sucedió todos prorrumpieron en un larguísimo resoplido; los que se hallaban mas inmediatos al punto por donde se rompió el coche, salieron por la abertura con mas ímpetu que el agua de una geringa, y lo mismo ellos que los demas, en el poco tiempo que permanecieron en aquella prensa, crecieron tanto en longitud á espensas de la latitud, que dificilmente les hubiera conocido la madre que les parió. Apesar de esta catástrofe quiso el doctor llevar á cabo su escursion campestre; pero el caballo que era uno solo y bastante flaco, no podia con tanto peso segun manifestó el cochero. «¿Cómo que no puede? dijo Tompson.» Si puede llevar seis, puede llevar siete, y si siete ocho y si ocho nueve y quinientos y mil, si fuese menester; con que arréale, cochero, y adelante. Hizo el cochero lo que su amo le mandaba, pero el caballo rebelde á las teorías de Tompson, se hubiera dejado matar mil veces antes que dar un solo paso. En vista de esta obstinada resistencia, resolvió el doctor apearse, hacer apear á los demas y seguir á pié la espedicion. Para esto era necesario andar algunas leguas, y no todos tenian en sus piernas la suficiente confianza; sin embargo nadie se atrevió á ponerse en abierta lucha con los caprichos de Tompson, porque todos sabian que era un hombre tan bárbaro como temerario, y que seria capaz de regalar á su amigo mas querido un pistoletazo con la misma frescura que recetaria á un enfermo media onza de crémor tártaro. Una legua la anduvieron perfectamente todos los de la comitiva, pero luego empezaron á desfallecer sus fuerzas; lo que advertido por Tompson, hizo que se dirigiese á los mas rezagados animándoles con su habitual *cúralo todo*. «Un pasito mas: un paso mas es nada, y si nada es uno, nada son dos, y un paso y un paso y otro paso son tres pasos, y quien anda tres puede andar cuatro, y con uno mas son cinco, y un paso ya sabemos que es nada, y con uno tras otro andaremos leguas y llegaremos donde debemos llegar.» El por su parte se sentia tambien fatigado, pero la fe que tenia en sus doctrinas le daba ánimo de sobra para hacer un viage á pié alrededor del mundo.

Llegó un momento en que el cansancio habia agotado todas las fuerzas. La comitiva se detuvo y resolvió no pasar adelante. *¡God damn!* dijo el doctor enojado por esta determinacion; y dando una patada en el suelo que levantó un torbellino de polvo, se metió una mano en cada faldriquera. Todos palidecieron y rezaron un credo viendo llegada su última hora. Hubo un momento de angustia, de agonia mortal; pero bien pronto se serenaron todos los semblantes al ver á Tompson sacar de sus faldriqueras las manos tan desocupadas y limpias como las habia metido. «¡Maldicion! esclamó, ¡me he dejado las pistolas olvidadas en el pupitre! Sin embargo, tengo brio para suplir la pólvora, y puños para suplir las balas.» Esta bravata no intimidó á nadie, porque al cabo ¡qué podia lograr á *trompis* uno contra quince! El doctor se vió bien pronto atacado en todas direcciones; los unos le acometieron de frente, otros por los flancos, otros por la espalda, y le fatigaron, le rindieron, y quitándose todos las corbatas, le amarraron con ellas como á un Nazareno. Descansaron un rato y tomaron tole, dejando á Tompson en medio del camino sin poderse mover, y echando cada maldicion como un templo. Dos dias tardó en regresar á Cantorbery, donde le dejaremos por ahora; porque supongo que no les vendrá mal á mis lectores descansar hasta el domingo que sigue de las estravagancias con que les he estado fatigando. Otras mayores les guardo para el próximo número.

A. Ribot y Fontseré.

## LETRILLA.

¿Por qué la señora Brígida,
tan melancólica y tétrica,
una oracion al Santísimo
hace por la vez centésima,
si despues del «Señor ¡pésame!»
y su piedad evangélica,
por una cancion erótica
comete una accion herética?—
Porque este mundo es hipócrita,
tirano, tonto y.... *et cétera.*

Para un viejo sistemático
toda novedad es pésima;
nunca están libres los jóvenes
de su oposicion frenética.
Si uno es prudente ¡qué rústico!
si uno es de bulla ¡qué pécora!
Cuando ve un drama en el Príncipe,
esclama afligido ¡oh témpora!
y sale haciendo, fanático,
cruces, calvarios.... *et cétera.*

Hoy dicen que esta Península
rica está como la América;
que eclipsa á Grecia en filósofos,
y al mundo en el arte bélica.
Mas yo replico á esta cháchara,
que dicen no tiene réplica,
que esto es un reloj magnífico,
pero que no tiene péndola;
aunque me llamen escéptico,
atroz, renegado.... *et cétera.*

Unos y otros son estólidos,
porque la nacion ibérica,
ni se halla detrás del Africa,
ni es de los ingleses émula.
Descúbrense entre cadáveres
fuerzas y formas atléticas.
Hay hombres y hay antropófagos;
hay racionales y acémilas;
abundan tontos y pícaros,
pan y hambre.... *et cétera, et cétera.*

Conozco un señor estúpido,
que habla de costumbres pérsicas,
y de mapas geográficos
de Rusia, de Francia y Bélgica,
sin saber dónde cae Móstoles
y si la tierra es esférica.
Pero eso no importa un rábano
para descubrir la Bética,
y luego elevarse á Júpiter,
luna, sol, Venus.... *et cétera.*

Hay hombre de genio díscolo,
que con intenciones pérfidas
anhela romper al prógimo
con un estoque las médulas.
Mas al batirse colérico
con serenidad intrépida,
sacadle de entre los hábitos
la *cota de malla*, su égida,
vereis fallecer su espíritu,
temblar.... *et cétera.... et cétera.*

Los que hablan de la Metrópoli
siendo la pila su rémora,
su pasion no tiene límites:
¡Oh qué mansion tan angélica!
Pero ¿qué responde el mísero
que no come pan ni sémola,
y es cuando trasnocha víctima
de ciertas carrozas fétidas?—
que es una mansion diabólica,
cruel.... *et cétera.... et cétera.*

Aquí se da cualquier zángano
importancia aristotélica:
finge pasion por la música,
y duerme en la *Cenerentola.*
Se mofa al ver una cómica
si sale agitada ó trémula:
va al Congreso á hacer la crítica
de *Olózaga* y de *Tabuérniga*,
y es lo que se llama un bárbaro,
un bruto, un atun.... *et cétera.*

Cien coplas hace Don Pánfilo
siempre que enristra la péñola,
ya pintando escenas trágicas
ya visiones cadavéricas.
Don Hermógenes mas clásico
hacina romances y églogas.
Mas.... ¿por qué las dan por título
*composiciones poéticas?*
Porque donde hay menos mérito
hay mas presuncion.... *et cétera.*

Quien quiera aquí ser buen médico
no ha de saber lo que es vértebra.
Nadie es aquí buen político
sino es anarquista ó déspota.
Nadie es mejor matemántico
que el que ignora la aritmética.
Quien quiera eclipsar á Góngora
no sepa hacer una décima.
Quien no piense como el público,
calle... sufra... aguante... *et cétera.*

Y á esta desdichada sátira
doy fin en la estrofa undécima:
pues dice Séneca el célebre,
(miento; pero el arte métrica
por asonante y esdrújulo
me obliga á citar á Séneca)
que una letrilla satírica,
sea jocoso ó patética,
ni debe ser muy lacónica,
ni larga y pesada.... *et cétera.*

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

## *Enfermedad de Don Abundio.*

Sigue presentando síntomas alarmantes. El último jueves (que fueron sus dias) quiso comerse un par de cochinillos con setas, y se le indigestaron; pero, á merced de una lavativa de ron con sublimado corrosivo, se puso bastante aliviado. Ahora se le ha recetado una sangría en cada ojo, y gárgaras de tinta: esperamos que estos remedios surtan buen resultado.

## EPIGRAMA.

Preguntóle á un sordo Aurora
con cierto interés y ahinco:—
«¿Está buena tu señora?»
Y él, no oyendo mas que el.... ora,
dijo muy serio:—«las cinco.»

UNO QUE LO ESTÁ (1).

(1) D. José Bernat Baldoví.

(Nota de la Red.)

# AMBIGÚ.

*Salmon á la genovesa.*

Se cuece una rueda de salmon en vino tinto y caldo, tanto de uno como de otro; se añaden setas, peregil picado, sal, especias y nuez moscada en polvo: cuando esté cocido se retira, añadiendo á lo que está en la cazuela un trozo de manteca mezclado con harina: se reduce despues de haberlo pasado por tamiz, y cuando está en su punto se echa en el salmon.

*Salmon en parrilla.*

Despues de haber echado las tajadas de salmon en un adobo de aceite, al que se ha de haber añadido sal, trozos de cebolla y peregil, se saca al cabo de una hora, y se pone en las parrillas, humedeciéndolo con el adobo, y se sirve con una salsa blanca de alcaparras, ó bien con una salsa de tomate.

*De las platijas, cuadrátulos y lenguados.*

Entre todos los pescados que se preparan de un mismo modo, se prefieren las platijas, que se eligen de las mas gruesas. Despues de haberlas raspado por ambos lados, se las destripa por una pequeña incision hecha junto á la agalla, se las quitan sus barbas, se las lava y deja enjugar entre dos lienzos.

*Las mismas asadas.*

Quitada la cabeza y la cola echanse en adobo de aceite con cebollas y peregil, y se pasan á lo largo por un asador, y se asan rociándolas con aceite: cuando ya estan en su punto, se deslie en fuego templado la manteca, añadiendo una yema de huevo y sal, se cubre el pescado, al que se emboza en seguida con miga de pan para que tome color, y se le dora con manteca para servirle con una salsa italiana.

*En frito.*

Preparadas como se ha dicho, se harán incisiones á lo largo del lomo, y bien polvoreadas de harina, se las echa á freir para servirlas polvoreadas con sal blanca muy fina, y se ponen en una servilleta acompañadas de un limon.

*Tostadas.*

Se prepara el fondo de un plato que aguante el fuego con manteca, cebollino y puerro, todo picado, con cuya mezcla se cubre el pescado. Tambien se cuecen y se les añade un vaso de vino blanco, polvoreándolas con raspadura de pan; se ponen entonces en un fuego templado, echándolas por encima manteca desleida, á fin de que todo tome un color bermejo agradable.

*Tenca.*

Ante todo es necesario desangrarla muy bien, porque suele conservar el sabor y aun el olor del cieno en que vive habitualmente. Bien limpias, se frien ó ponen en cazuela.

*Trucha.*

La trucha, menos gruesa que el salmon, se cuece y prepara de la misma manera.

*Rodaballo.*

Son preferibles los anchos y de una carne blanca. Antes de cocerlos se les quitan las agallas é intestinos, haciendo una abertura cerca de la cabeza; se les lava con diferentes aguas, y se quitan dos ó tres vértebras de las agallas, abriéndolas un poco sobre el lado negro: se une la quijada al buche por medio de un cordelito, se les corta la cola y las barbas, y se frota toda la superficie con zumo de limon, echándole á cocer en agua y sal, y añadiendo un poco de leche. Cuando está en su punto, se pone en un plato cubierto con una servilleta adornada de peregil, y se sirve con una salsa blanca de alcaparras en una salsera.

Con sus sobras se hacen las entradas siguientes:

1.ª se hacen pedazos mas ó menos gruesos de la carne del rodaballo, y se sirve con coscorrones.

2.ª Quitados y cocidos los restos del rodaballo, se une su superficie, se cubre con miga pan, se polvorea con queso raspado, y se le da color en un hornillo, ó con una pala de hierro hecha ascua.

*Besugo asado.*

Despues de quitarle la escama, limpiarlo en agua clara, y destriparlo, se enjuga con una rodilla limpia y se le rocia con sal menuda: se le pone á asar á fuego lento en una parrilla, y se le hace un polvo compuesto de ajos fritos en aceite y vinagre en corta cantidad, el cual se le echa por encima al tiempo de servirlo. Este es el guiso general en Vizcaya.

*Besugo asado de otro modo.*

Se hace todo lo dicho en el artículo anterior, con la diferencia de que al pebre espresado se le añade caldo de puchero, ó si se quiere agua y unas gotas de naranja agria, zumo de limon ó vinagre, con cuyo pebre se le hace dar un par de hervores y se sirve.

*Besugo guisado.*

Despues de limpio y escamado, se le divide á lo ancho en cuatro ó cinco trozos, ó si se quiere se le deja entero, se frie en una cazuela á fuego lento cebolla bien picada, y en ella se pone el besugo sea entero, sea en trozos; y cuando ya esté rehogado por ambos lados, se tuesta pan, se le pulveriza en un almirez, y sacando la cebolla de la cazuela se incorpora con el pan, de modo que forme un cuerpo bien machacado: se añade un poco de pimienta, y si no gustase el picante un poco de peregil fresco picado y machacado. Se desata este conjunto con un poco de caldo, y echándolo sobre el besugo se sirve.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.